

ADIOS HERMANITA MAYOR. LA MARÍA ROSTWOROWSKI QUE YO CONOCÍ

Luis Millones

Leí su libro sobre Pachacútec Inca Yupanqui, al mismo tiempo que trataba de empaparme sobre el tema que me atraía y rechazaba por lo incompleto de las versiones que había encontrado que en esa época estaban a nuestro alcance: Prescott, Imbelloni, Markham, algo especial había en su primer trabajo grande, la desconfianza, que asomaba, insolente para esos tiempos de la información que le llegaba de los escritos del Inca Garcilaso.

Había escuchado su nombre y lo curioso de su afición y la seriedad de su trabajo, dedicados al estudio del pasado. Por eso fue una felicidad encontrarme con María en medio de un grupo de estudiantes y docentes, donde afloró su opinión sobre el Inca de Montilla, que secundé con mis propias lecturas. El grupo se disolvió muy pronto y a pesar de que en esa época (estábamos en los años sesenta) aún mantenía cierta timidez para expresarse en público, al quedar los dos me sorprendió invitándome a su casa.

No hablamos de materias académicas, me enteré de su sorprendente historia personal, de la que ya tenía alguna noticia por Porras Barrenechea, pero fueron nuestras vidas, no fueron los libros los que tomaron el largo tiempo de este primer y sucesivos encuentros. La conversación fue sobre todo un intercambio de experiencias personales. Se repitió con regularidad: podía ser un concierto, un congreso, a almorzar, tomar una copa o simplemente a ver una película, pero puntualmente pasaba por mí en su automóvil y como ella decía: “le servía de compa” (es decir de compañía).

Con el tiempo y gracias a sus méritos, su figura fue creciendo y debió enfrentar a entusiastas audiencias, ansiosas de escucharla y conocer a esta sorprendente historiadora que empezaba a aplastar nuestra ignorancia con artículos y libros que nacían de fuentes seguras: trabajo de archivos, viajes a reuniones académicas y jornadas de investigación, en las que solían acompañarla Josefina Ramos de Cox y alguna otra colega. Debió recurrir a tomar pastillas en cada presentación pública, para controlar su nerviosismo, pero pronto resolvió prescindir de ellas armada del valor que le daban la seguridad de sus hallazgos, recibidos por elogiosos comentarios de colegas nacionales y extranjeros, a partir de la segunda mitad de ese decenio. Uno de los lugares que ganó prestigio, los años que siguieron, fue el Instituto de Estudios Peruanos, donde el carácter empresarial con que lo dotó José Matos Mar atrajo a antropólogos e historiadores, entre otras disciplinas, y no tardó en enrollar a María.

Estos nuevos frentes y mis sucesivos viajes al exterior, no amenguaron nuestros encuentros, que desde entonces llegaban cargados de novedades y que finalmente nos decidió a escribir un libro en compañía de los psicoanalistas Max Hernández, Moisés Lemlij y Alberto Péndola. Así nació *Entre el mito y la historia*, cuyas seis ediciones me relevan de mayor comentario.

La oscuridad de la enfermedad que la apartó de nosotros sus últimos años, no disminuye en nada el valor de su figura y para mí, de su entrañable recuerdo. La tarea de publicar sus obras completas está siendo cumplida y nos asegura que su legado académico nos llegará intacto, pero la vitalidad y confianza que me inspiró su persona solo morirá cuando la acompañe. Allí, donde sea el más allá, habrá un lugar en el que seguiremos hablando de las cosas que han dado sentido a nuestras vidas.